

No es común ver exposiciones con los rasgos que particularizan la presente muestra de Emanuel Rodríguez, un pintor que ha venido a refrescar el panorama artístico costarricense con una propuesta cuestionadora, nada convencional, provocadora y abiertamente a favor de nutrirse en toda fuente posible sin perder sus rasgos definitorios. Sin embargo, al margen de cualquier juicio con respecto de las pinturas que componen esta exposición, hay un aspecto de primer orden que vale la pena señalar: la intención de compartir con el espectador un entendimiento cabal de su método pictórico; sin duda, un esfuerzo sostenido con firmeza en la necesidad de liberar al espectador de las ideas creacionistas que, por lo general, fundamentan nuestra comprensión del fenómeno artístico.

Rodríguez sabe que el resultado de su labor es lugar para el conocimiento, no simple entretenimiento u ocio, y, justo por ese motivo, nos permite hurgar en una dimensión deliberadamente velada por la inmensa mayoría de los artistas. Hemos sido tradicionalmente acostumbrados a ver el producto artístico ya terminado, con un denso halo de misterio y casi siempre a distancia. Ignoramos cuanto sucede antes, durante y después de la realización de una obra pues, según se nos ha hecho pensar, la inspiración lo mueve todo. Tal desconocimiento, ampliamente diseminado en nuestra cultura por la ideología de la “creación artística” —la incapacidad de la mayoría de las personas para “crear arte”, la correspondiente “genialidad” de unos pocos favorecidos por la genética o el destino, el valor eterno e inmutable de la belleza, por citar solo unos cuantos supuestos que se toman como verdad—, ha generado un aura falsa y excluyente en torno al quehacer de los artistas.

Aquí, además de compartir un trabajo sólidamente justificado, el pintor intenta desvanecer esa barrera que provoca en tantas personas sentirse imposibilitados de entrar en el terreno artístico. El arte es aspiración y potencialidad en todos los seres humanos, pero, al igual que sucede en otros campos del conocimiento, la comprensión que se tenga de una actividad bien puede inhibir o desarrollar su práctica. Si el arte tiene magia, genio, duende o misterio, es porque todo ello se genera en el proceso de trabajo, en la comprensión adecuada y coherente del fenómeno y su esencia, en el adentrarse sin temor en la innata capacidad humana para producir lo bello y humanizar el entorno.

Quizás no todo lo que hoy se hace en nombre del arte soporte un acercamiento serio a su realidad concreta, pero soy del criterio de que la producción estética de Emanuel Rodríguez, gracias a la labor investigativa, consistente y seria que la respalda, soporta incluso develarnos sus secretos.

José Otilio Umaña